

PA7297
E82
E5



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

ENSALADA DE POLLOS.

CAPÍTULO I.

EN EL QUE EL CURIOSO LECTOR SE INICIA EN ALGUNOS
MISTERIOS DE LA INCUBACION DE LA RAZA.

DON Jacobo Baca es un padre de familia, de esos que hay muchos, sobre los que pesa una grave responsabilidad que no conocen, y que están haciendo un perjuicio trascendental de que no se dan cuenta.

Don Jacobo ha sido alternativamente impresor, vari-llero, ayudante del alcaide de la cárcel, por cierto mal negocio, despues jicarero encargado de pulquería, y últimamente ha sentado plaza de arbitrista, que es como se la va pasando.

Don Jacobo cree que sabe leer y escribir, pero buen chasco se lleva; pues en materias gramaticales confiesa é

mismo, con admirable ingenuidad, que nunca se ha metido en camisa de once varas.

En otra de las cosas en que se lleva chasco Don Jacobo es en creer que sabe hacer algo, pues nosotros, que bien le conocemos, estamos seguros de que á pesar de sus letras no sabe hacer nada.

Su inutilidad lo condujo, aunque paulatinamente, á la situacion lamentable en que el lector lo encuentra.

Aburrido Don Jacobo de buscar destino, y mas aburrido de no hallarlo, pensó en una cosa.

Esta cosa la han pensado las nueve décimas partes de los hombres inútiles que hay en el país. *Lanzarse á la revolucion.*

Esta idea acariciada en medio de la ociosidad y de los vicios, es el calor con que la madre discordia empolla á sus hijuelos: esta idea ha sido el prólogo de muchas epopeyas, así como el primer paso en la senda del crimen: esta idea entra en el número de las resoluciones desesperadas, y se equipara con la de suicidarse.

Respetamos, aunque no aludiendo á Don Jacobo, esta misma idea de lanzarse á la revolucion, cuando es engendrada por el noble arranque del patriotismo.

Don Jacobo, arbitrista y todo, llegó á desesperar, se le cerraron todas las puertas, como él decia, y comprendió que necesitaba lanzarse á la revolucion.

Don Jacobo tenía un compadre.

—He pensado una cosa, le dijo un dia.

—¿Cuál? le preguntó el compadre sorprendido de que Don Jacobo pensara algo.

—*Lanzarme á la revolucion.*

—¡Pero compadre!.....

Hubo un momento de silencio, durante el cual Don Jacobo escupió por el colmillo.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—No me queda otro recurso; ya usted lo ve, no hay destinos, nadie presta, y luego mi muger.....

—Pero compadre, repitió Don José de la Luz; que así se llamaba el interlocutor.

—Lo único que me falta es caballo y armas.

—Es decir, todo.

—Casi.

—Para pelear se necesitan armas.

—Cabal.

—¿Y contra quién va vd. á pelear?

—Pues contra cualquiera, yo lo que necesito es la revolucion.

—Pero ¿usted no tiene principios políticos?

—Pues vea usted, compadre; en cuanto á eso, usted sabe que al hombre lo hacen las circunstancias.

—Pero usted puede elegir. Diga usted.

Don Jacobo meditó profundamente con la vista fija en tierra, y luego preguntó:

—Ahora ¿quiénes están mejor?

—¿Cómo mejor?

—Quiero decir, ganando.

—Pues los liberales siempre ganarán, compadre, á la larga ó á la corta. Por mi parte yo voy á los liberales á ojos vistos, es albur que sale; porque mire, aquí no pega lo de los extranjeros ni lo de las coronas.

—Sí, eso ya lo sé, compadre.

—¿Se acuerda de lo de Tampico?

—Pues nó!

—Y ya usted sabe que van los mochos, que vienen los mochos, pero siempre la libertad triunfa. Este es país libre, compadre.

—Pues con los liberales, compadre, dijo Don Jacobo iluminado.

—¡Dios saque á usted con bien! mire que los mochos fusilan bonito.

—Sí, pero.....

—¿Y la familia?

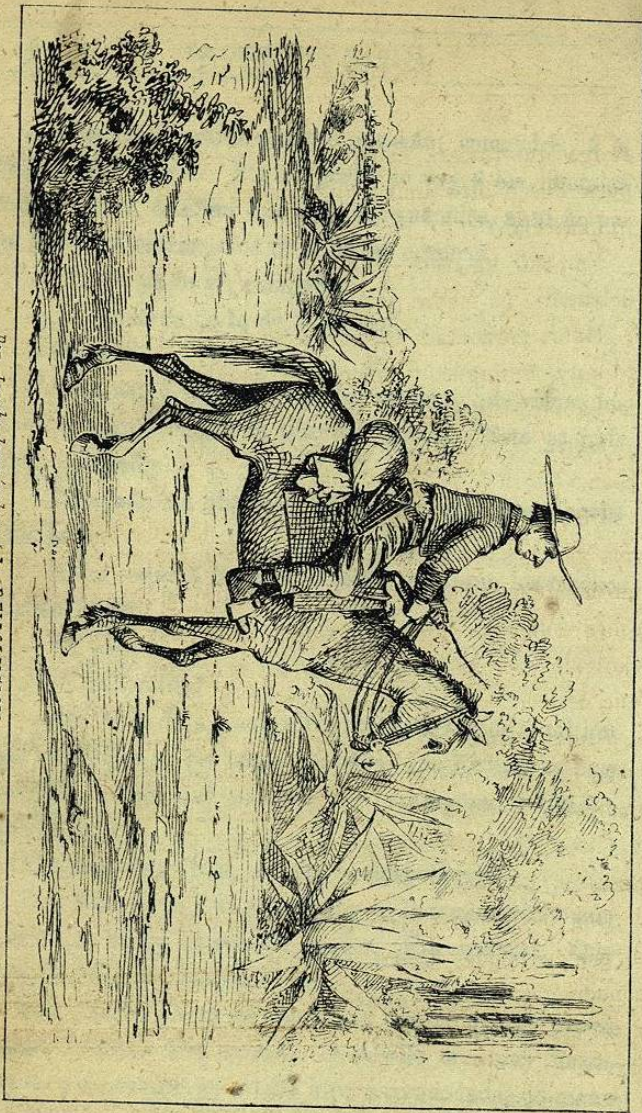
—Ahí se la dejo, compadre: no le diga nada á mi muger hasta que yo me haya escapado: que Pedrito se haga hombre, le dice que no ande ahí con mañas, y Concha, que se case.

Los dos compadres, por fin, se despidieron.

Don José de la Luz pensó mas en la muger de su compadre que en su compadre mismo. Era natural. Quedaba encargado interinamente.

Don Jacobo pensó menos en su muger que en procurarse caballo. Era natural: el caballo era muy importante y su muger ya estaba bien recomendada; de manera que Don Jacobo se fué en derechura á casa de un

Don Jacobo lanzándose a la REVOLUCION.



amigo que tuviera caballo, y se le pidió prestado: después buscó otro amigo que tuviera pistola y le ofreció limpiársela.

Empeñó un resto de equipaje y se puso en tren de defender á la madre patria.

Habia pernoctado en un meson de Santa Ana, despertó muy temprano y arregló su cabalgadura. Era esta un caballito de rancho, malicioso y asustadizo, tordillito mosqueado, con una oreja gacha, malos cascos y peor boca.

Don Jacobo le puso doble rienda, colocó á la grupa una gran maleta, pagó el gasto al *huésped* y se encaramó mas bien que montó en el tordillito, el que al sentir sobre el lomo aquella humanidad asustadiza, comenzó á caracolear en el patio del meson, mas bien de disgusto que de brío, y al fin, resignándose, salió á la calle.

Aquel jinete no llevaba espuelas, pero en cambio llevaba miedo y cuarta. El animal si no tenia buena estampa, tampoco tenia otras cualidades; trotaba ferozmente, y á pesar de las dos riendas le sucedia lo que á México, tenia mal gobierno.

Don Jacobo, en quien el valor no era precisamente una de sus cualidades distintivas, creía que los transeuntes le conocian en la cara aquello de que *se estaba lanzando á la revolucion*, y afectaba un disimulo que para nada le servia.

La calzada de Guadalupe se le figuró inmersamente larga hasta que llegó á la garita.

Allí le ocurrió otra cosa, y eran ya dos cosas buenas las que según él le habían ocurrido.

Lo de *lanzarse á la revolucion* era una, y encomendarse á María Santísima de Guadalupe era la otra; pero en cuanto á la segunda, comenzó á encontrar inconvenientes poderosos: el primero era apearse y no tener donde dejar su caballo; pero bien pronto le ocurrió otra cosa buena, mas buena que las otras, y ya eran tres las que en pocas horas iban cambiando la faz de su vida: esta última cosa buena fué aquella de que con la intencion basta, y encontró tan de su gusto el consuelo, que hasta se atrevió á dar por primera vez un azote al terdillito, que contestó espeluznándose como un gato y encogiendo el cuarto trasero como si le hubiera dolido mucho, movimiento que empezaba á revelar que entre Don Jacobo y su caballo habia cierta analogía; aquel debia ser el caballo de Don Jacobo: habian nacido el uno para el otro.

Cuando Don Jacobo salió de la ciudad de Guadalupe respiró mas libremente, figurándose que acababa de salir con bien de un gran lance, y repetia interiormente:

—Por fin ya estoy lanzado á la revolucion. Ello es cierto, continuaba despues de un largo rato, que bien puede costarme caro..... una bala..... pero por otra parte en la revolucion siempre se come, porque cuando no lo hay se toma.

A propósito de tomar sintió sed y tomó pulque, pagándolo, costumbre que estaba próximo á perder, una vez *bien lanzado á la revolucion*.

Despues de pagar pensó en su muger.

Don Jacobo pensaba siempre por analogías.

Su compadre Don José de la Luz tenia la mision diplomática de informar á la familia de Don Jacobo de lo de la revolucion.

—O vuelvo rico, decia Don Jacobo, ó no vuelvo: yo pasaré trabajos, pero llegaré á tener una guerrilla y entonces.....

Dios es grande, y mi compadre muy caritativo, de manera que mi muger no se morirá de hambre; en cuanto á mis hijos, el varoncito que se enseñe á hombre, y Concha, como ya se sabe vestir, se casará pronto.

Absorto en sus reflexiones Don Jacobo caminó todo el dia, y á la oracion estaba en el meson de un pueblo en donde tomó lenguas para orientarse al dia siguiente.

CAPÍTULO II.

DON JACOBO RECIBE EL ESPALDARAZO DE LA CABALLERÍA
ANDANTE Y QUEDA HECHO GUERRERO.

AL rayar la aurora el tordillito asomaba la cabeza entre las trancas del corral. El animal había perdido su blancura mate en virtud de la incuria de su nueva caballeriza. Don Jacobo se sorprendió al ver á su cabalgadura, que por un solo lado seguía siendo blanca, pero por el otro era amarilla: no parecía sino que el animalito había dormido sobre un lecho de zacatlixcale en infusión.

Unos arrieros lanzaban á la sazón una estridente carcajada, burlándose del tordillo y llamándole *maskarita*. El huésped se permitió algunas bufonadas sobre lo bien

que se había pintado el andante y recomendó al dueño que no lo vendiese.

Don Jacobo creía tener razones de peso para no ser valiente; tragó las bromitas y siguió su camino.

A poco andar percibió *un polvo*, y poco práctico todavía D. Jacobo en materia de *polvos*, tuvo á bien suspender su marcha por si acaso.

La polvareda crecía y se acercaba, y nuestro héroe comenzaba á inquietarse. Es cierto que lo que para cualquiera otro caminante hubiera sido una calamidad, para Don Jacobo era la dicha; pero no obstante, Don Jacobo temblaba.

Al fin desapareció el motivo de alarma y Don Jacobo continuó su camino, hasta que de manos á boca dió con una guerrilla.

—¿Quién vive? le gritó un foragido.

—Un amigo, contestó Don Jacobo afectando calma pero espeluznándose como su tordillito.

—Haga alto ó le rompo el alma, dijo el guerrero.

Don Jacobo obedeció.

—Eche pié á tierra.

Don Jacobo lo hizo á tiempo que una nube de polvo lo envolvía, porque diez jinetes se acercaban á él pistola en mano.

—Será algún mocho, dijo uno.

—Lo colgarémos, gritaron otros.

—Que venga el gefe, dijo una alma caritativa, en tan-

to que un valiente lo atropellaba con su caballo que hacía cabriolus.

—Entregue las armas, Don Petate.

Don Jacobo entregó la pistola.

—El penco no vale un real, dijo uno reconociendo el tordillito.

—Es de dos colores.

—Es que durmió caliente.

—*Eche acá* la toquilla, gritó otro héroe, lanzando una blasfemia inconducente.

Y Don Jacobo se quedó sin sombrero.

—Y usted será sacristan, no, amigo?

—Tiene cara de fraile.

—Y corona, gritó uno; que muera el cura.

Don Jacobo había perdido, no precisamente por el calor del pensamiento, el pelo de la coronilla.

—Que nos diga misa.

Y de las chanzas y burlas sangrientas los guerrilleros iban pasando á las vías de hecho, y ya uno azota al tordillito, ya aquel prepara su *lazo*, y quién sabe adonde hubieran llegado si el gefe de la fuerza no viene á meter paz.

—Ahí viene el gefe, dijo uno.

En efecto, acababa de presentarse en escena un ginete como de treinta y cinco años, tipo de la raza indígena, sin barba, grandes labios morados, pelo negro y mirada concentrada y recelosa. Montaba un magnífico caballo alazan tostado, de gran alzada, acordonado y fi-

no, y de movimientos elegantes y pisada firme, ojo chispeante y ancha la nariz; el animal venia sobre sí y como interrogando cada vez que levantaba enhiesto la cabeza.

El ginete traía una chaqueta de afelpado negro, con agujetas y botones de plata, calzonera negra con botonadura triple de pequeñas conchas de plata, chaparreras de piel de tigre sobre la cabeza de la silla, gran sombrero bordado de oro, dos pistolas de Colt, con empuñadura de marfil, sobre cada una de las caderas, puñal con mango de ébano y plata en una vaina de terciopelo rojo y contera dorada, espada de montar y un Spencer en su caj. Llevaba el chaleco desabrochado, dejando ver una banda roja y una gran cadena de oro.

—¿Quién es ese hombre? preguntó sin levantar la voz. Todos callaron.

Don Jacobo rompió el silencio diciendo:

—Me llamo Jacobo Baca, y vengo á presentarme, mi coronel.

—¿Ha servido? preguntó el coronel.

—No, mi coronel.

—Usted será espía de los mochos.

—No, mi coronel, repitió Don Jacobo procurando sonreirse.

—Pues donde estaba?

—En mi casa.

—Y á qué vino?

—A servir.

—Adios! y de qué sirve?

—De lo que se ofrezca.

—¿Sabe dar cuchilladas?

—Sí, mi coronel.

—¿Es valiente?

—Cuando se ofrezca.....

El gefe recorrió con la mirada á Don Jacobo, lo examinó á su sabor y despues de una larga pausa dijo:

—Pues convide á los muchachos para que *lo calen*, y si ellos quieren.....

—Con permiso, mi coronel, vamos al pueblo.

—Vayan cuatro, y cuidado con ese.

Don Jacobo montó á caballo sin sombrero y sin pistola.

Un guerrillero comenzó por darle cola al tordillito. La enclenque cabalgadura, con todo y ginete, vino por tierra. El pobre de Don Jacobo apenas pudo levantarse, rengueando y herido de la cabeza.

El tordillito se quejó dolorosamente al caer y parecia que estaba conociendo su miseria. Don Jacobo lleno aun de polvo y de sangre ofreció cigarros, sin proferir una queja.

Otro guerrillero se preparaba á *echar un lazo* á Don Jacobo.

—*A ver si nó*, dijo uno.

Esto queria decir que salia á la defensa de Don Jacobo.

—Ya raspan, cantó otro. El señor es mi amigo, vaya, y yo soy hombre.

—Ya está, mi segundo, dijo el de la reata.

—Como lo va á convidar..... dijo otro.

Esto fué un cambio de viento para Don Jacobo, á quien ayudaron á montar y le ofrecieron la lumbre.

Llegaron al pueblo y D. Jacobo pagó el gasto. El alcohol que por lo que tiene de espirituoso nivela los espíritus, puso á la misma altura á víctima y verdugos. Don Jacobo estaba ya en vísperas de hacer carrera.

Entretanto volvamos á la mujer de Don Jacobo y veamos qué hace.

La muger de Don Jacobo se llamaba Lola, tenía treinta años y estaba lo que se llama bien conservada. Casi podían pasar desapercibidos sus dos hijos, Concha y Pedrito: Doña Lola estaba bien, especialmente desde que Don Jacobo se habia lanzado á la revolucion.

D. José de la Luz era tan bueno y tan servicial y tan atento, que á Doña Lola no le faltaba nada, de manera que no cesaba de exclamar:

—¡Qué bueno es mi compadre!

El compadre, que tenía tambien muy buen corazón, no cesaba de decir: ¡qué buena es mi comadre!

Y luego, que como aquella era una época de prueba, era, como sucede siempre, el crisol de la amistad.

No sabemos de qué medios ingeniosos se valdria Don José de la Luz para dar á Doña Lola la noticia de Don Jacobo; pero sí nos consta que el lloriqueo no se sostuvo por largo tiempo.

—Vale mas así, decia Don José: puede ser que mi compadre se logre; tantos vemos que vuelven!

—Crea usted, compadre, que si no fuera por usted me moriria de pena.

—Lo creo.

Y de veras lo creía Don José.

—Usted me consuela, decia Doña Lola.

Y positivamente se consolaba con las finezas de su compadre Don José.

En cuanto á Concha y Pedrito, como en virtud de esa ley que mejora las generaciones, sabian mas que Don Jacobo y mas que Doña Lola, deseaban á toda costa aletear por su cuenta.

Doña Lola, debemos decirlo en obsequio de su corazón de madre, temblaba ante el adelanto de sus hijos. Era una gallina que habia incubado patos y estos se arrojaban á la agua del progreso dejándola en tierra, ¡pobre Doña Lola!

—Antes, exclamaba, los hijos eran dóciles porque creian saber menos que sus padres; pero hoy tengo que capitular con la ilustracion de mis hijos: estos no reciben de mí mas que lo que les conviene, y hasta se atreven á reprenderme cuando procuro corregirlos. Efectivamente algunas veces me han persuadido con sus buenas razones, porque eso sí, mis hijos tienen mucho talento.

Don José de la Luz, que para estos casos y para otros mas apurados, tenía siempre listas algunas frases de consuelo, contestaba:

—Es preciso, Doña Lola, es preciso que así sea: el

adelanto, el progreso, la civilizacion!..... Vea usted, yo conozco á la madre del general H***

Pronunció un nombre que nosotros callamos, y continuó:

—¿Quién cree usted que es esta pobre señora?

—No sé.

—Pues es una pobre señora..... sirvienta, guisaba, quiero decir, hacia la comida, ó mas bien dicho era la cocinera de la casa de***

Don José pronunció otro nombre que por ser muy conocido callamos nosotros, porque en esta ensalada nos hemos propuesto que el lector coma las lechugas sin saber en donde se cortaron.

—Ya usted lo vé; la madre del general H***. Pues la pobre señora se calla, su hijo la manda como general, y si no fuera porque le besa la mano delante de todo el mundo, nadie sabria que es su señora madre. Así le sucede á usted con Pedrito y con Concha.

—Exactamente, ya no me es permitido reprenderlos; en el momento me echan en cara mi torpeza, y siempre acaban por probarme que no tengo razon.

Este pliegue del corazon humano, como diria un novelista romántico, es la primera dislocacion moral, como decimos nosotros á despecho de la crítica, es el primer aleteo de independenciam de los pollos actuales, protestando á nombre del progreso contra la tutela materna.

Habia antes un secreto resorte que sujetaba la razon del niño ante el encantador prestigio de la madre. Nos-

tros recordamos haber escuchado oráculos de los labios maternales; las palabras que oimos cuando niños tenian el sello de una autoridad que jamas nos ocurrió poner en duda.

Hoy, salvo el debido respeto al verdadero progreso que amamos y respetamos los primeros, hay, y en abundancia, pollos llenos de suficiencia, de humos y de garbo para encomendar la planilla á los autores de sus dias.

Concha y Pedrito, sin ser precisamente progresistas, eran pollos que rompian el cascaron y lo pisoteaban: quiere decir, se avergonzaban de su madre.

Abierta esta primera puerta, roto este primer dique del respeto filial, los hijos de Don Jacobo se ponian en situacion de adelantar notablemente.

Corrian un riesgo inminente que ellos mismos acariaban.

Doña Lola conocia todo esto por la intuicion delicada de las madres; pero no se lo podia explicar bien á Don José de la Luz: este por su parte hacia todos los esfuerzos posibles por encontrar una solucion consoladora á todas las tribulaciones de su comadre.